

Aquél siembra el lino y hace las cuerdas de las redes con que éste pesca, le provee de las maderas para sus barcas.

Aquí, en las arenas de esta playa de Espinho, se ven descansar, de proa al mar, las barcas pescadoras. Recuérdanme lo que debieron ser las naves con que los aqueos arribaron a Troya, las naves homéricas. Son, de hecho, como ejemplares sobrevivientes de una especie ya en otras partes extinguida.

Tienen, en efecto, algo de primitivo estas barcas sin quilla, fondo plano como el de las chalanas con su apuntada proa al modo de góndolas, y en ella una cruz de remate. Viéndolas en tropa, cual extraña bandada de aves en reposo, diseñarse sobre el cielo, acuérdase uno de aquellos

*esqueletos de galeras  
que foram descubrir mundos e mares.*

Hay algo de solemne en la suprema sencillez de esta visión para quien lo mira con ojos que recorrieron la historia trágicomarítima de este

*Jardim da Europa a beira-mar plantado.*

Luego son puestas las barcas en movimiento. Llénanlas con las redes, y, haciéndolas resbalar sobre rodillos, las empujan a las espumosas olas, playa abajo. Los tostados dorsos van apretando contra los costillares de las barcas. Dejan sujeto en la arena el cabo de una de las dos cuerdas de la red. Montan en cada barca unos treinta tripulantes, media docena para tender la red y demás menesteres, y diez o doce a cada uno de los dos grandes remos. Pues dos tiene cada barca, como dos aletas, con un gran ensanchamiento central que hace de estrobo. Y allá van, bogando a alta mar, para arrancarle su sustento, brillando al sol sus bronceadas espaldas, cogidos del remo, como los galeotes, dándose cara media a media docena de hombres en cada uno de los dos remos.

Aléjanse de uno a dos kilómetros— en invierno más, pues en verano la sardina se acerca a la costa —, y antes de echar la red rezan todos piadosamente. En otro tiempo, los tripulan-

tes de las diversas barcas se peleaban por el sitio en que habían de tender la red, y volvían algunos descalabrados de la refriega.

A las tres horas de haber salido, vuelven, trayendo el cabo de la otra cuerda. Y es un espectáculo emocionante, y a las veces solemne, ver a las barcas de levantada proa esperar, con el cuello erguido, olas favorables y embestir luego a la arena entre cascadas de espuma y gritería de los que las esperan. Y luego, a tirar de las dos cuerdas de la red para recogerlas. Tiran desde la playa con parejas de bueyes.

Esto de sacar las redes con parejas de bueyes es lo que más carácter da a la pesca en Espinho, asemejándola a una labor agrícola y prestando asidero a la imaginación para cotejar con la labor de los campos en esta región en que, como digo, el mar parece se ruraliza.

En otro tiempo sacaban las redes a brazo, y los que del campo bajaban a esta penosísima labor, estaban exentos del servicio militar. Bien decía el que dijo: «Bendigamos al que primero domó el caballo; pues, si no, la mitad del género humano estaría llevando acuestas a la otra mitad». (Y a pesar del caballo, algo así sucede).

Durante cosa de dos horas tiran, pues, de cada una de las dos cuerdas de cada red unas diez parejas de bueyecitos rubios, de larga y «abierta cornamenta, ocho tirando a la vez y dos de reveza. Y allá los véis caminar pausados por la fina arena que se les hunde bajo las hendidas pezuñas, mansos y sufridos, aguijados por estas mujeres descalzas con su ceñidor a medio vientre y su sombrerito de labradoras, un rodete. Ese ceñidor, una faja que se ponen sobre el vientre, bajo la cintura, es característico de las mujeres del Aveiro, sírveles acaso de apoyo en sus esfuerzos. Y el sombrero responde a la costumbre de llevar las cargas sobre la cabeza.

Y allá van los bueyes, arando el mar—y así le llaman, *lavrar o mar*—, uncidos con estos curiosos yugos del